

Cuadernos de Historia Contemporánea

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.60340>EDICIONES  
COMPLUTENSE

Beorlegui Zarranz, David: *Transición y melancolía. La experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986)*, Madrid, Postmetrópolis Editorial, 2017. 353 pp.

Son momentos de temporalidades revueltas. Retrotopías, miradas ensimismadas en un pasado que, al parecer, no deberíamos haber dejado sabiendo que las experiencias del presente han ido desdiciendo nuestras expectativas utópicas mientras el pensamiento antiutópico, conservador y presentista, se desestabilizaba, especialmente a partir de la crisis de 2008, cuando comenzamos a concebir la idea de que nuestros hijos no vivirían mejor que sus padres. La ruptura de la temporalidad moderna, revolucionaria, de progreso, y su percepción por parte de los actores conforma el centro de atención del libro de David Beorlegui, un libro sincero, cargado de matices que se revuelve en una mirada crítica contra la interpretación hegemónica de la Transición española precisamente por haber ganado su hegemonía contra otros futuros pasados, figurados como posibles y deseables pero dañados finalmente por la memoria oficial.

A lo largo de sus cinco capítulos, *Transición y melancolía* se conforma como una investigación que mira hacia atrás desbrozando, a través de documentos y testimonios procedentes del País Vasco, otras experiencias de actores que interpretaron que la muerte del dictador Franco podía abrir la puerta a un cambio radical en la sociedad española, a una profunda transformación de sus vínculos con un régimen que lamentablemente continúa lastrando la democracia de baja calidad cívica en la que vivimos. Es la historia del futuro pasado de un compromiso con otra forma de percibir y actuar en el mundo. Pero además es una historia escrita desde un territorio que apenas comienza su andadura en la historiografía española, esto es, el pasado de los sentimientos, un paradigma que rompe con la noción naturalizadora y simplista de la teoría de la acción racional, tan expansiva en las ciencias sociales desde la década de los años 80. Para Beorlegui, los sentimientos forman parte del accionar de los actores, llena su mundo de percepciones sensibles, de significaciones emotivas: el País Vasco vivió un momento de euforia por la utopía, creyó que lo deseable era posible hipotecando su presente, sus vidas, para lanzarse a la incierta aventura del cambio social.

Pero *Transición y melancolía* es, sobre todo, un relato de la experiencia del desencanto, de colapso de un futuro pasado que no llegó a hacerse efectivo por la propia dinámica institucional, políticamente pactada y sociológicamente inducida.

Una dinámica que no sólo estableció silencios y olvidos hacia el pretérito sino también cercenó las expectativas del futuro posible fijando estrictos límites para el desarrollo de otras trayectorias, clausuradas definitivamente tras la modernización conservadora del PSOE. La triunfante imposición de un presente ineludible terminó con la temporalidad utópica de una modernidad que hizo de la revolución

social algo evitable y convirtió las identidades radicales en subjetividades anacrónicas, de manera que para muchos de los actores que pretendieron el cambio sistémico, el futuro quedó cerrado al tiempo que el pasado retornaba “en forma de ruina”, las identidades revolucionarias de clase quedaban dañadas, y los movimientos y organizaciones perdían un elevado número de militantes. De esta experiencia, desde luego, surgirían otros futuros pasados, en un proceso que Beorlegui denomina de “re-encantamiento”; pero aquellos fueron futuros más cercanos a planteamientos presentistas, con movimientos contraculturales que colocaron la ilusión por el cambio en un presente politizado que no implicaba sacrificar la vida privada a favor de un horizonte mesiánico. Algunos de aquellos militantes se refugiaron en pequeñas experiencias comunitarias o en una movida contracultural que operaba como evasión frente al desencanto; otros, más jóvenes, se refugiaron en la cultura del punk, extrayendo de la derrota de sus mayores la herencia de su frustración y la negación de todo futuro. Otros, simplemente, se dedicaron al consumo ensimismado de heroína, rúbrica resultante de la enorme derrota acontecida.

Como sostiene Beorlegui, la Transición comenzó con una derrota y se clausuró con otra, pero esa quiebra hay que enmarcarla en un contexto transnacional de crisis utópica que tuvo lugar en las décadas de 1970 y 1980, décadas en las que el realismo conservador se incrementó sustancialmente en la mayoría de los países que habían encendido la temporalidad moderna. Es más, llevada la interpretación del libro algo más allá de sus propios presupuestos, también se podría argumentar que la derrota y el desencanto consecuente fue resultado paradójico del propio franquismo. A fin de cuentas, fue la dictadura la que creó las bases para la emergencia de unas subjetividades —a través de la represión y la modernización— que, paulatinamente, fueron derivando al ensimiamiento del consumo, la europeización del relato y la falta de responsabilidad comunitaria, marcas señeras del encantamiento de las crecientes clases medias.

*Transición y melancolía* es, finalmente, un libro sobre el tiempo y la temporalidad, sobre el descrédito de aquel futuro pasado en el que confiaron los actores de la izquierda radical vasca, pero que se hace extensible a una gran parte de los sujetos que combatieron la dictadura y que perdieron aquella batalla mientras el régimen extendía su larga sombra sobre la naciente democracia. Un libro que escapa de ese academicismo cientificista que pretende enunciar el pasado desde ninguna parte, como si el pasado pudiera hablar de sí mismo sin la actividad creadora del historiador o del ciudadano. Estamos ante un libro de compromiso, militante, en el que autor se entreteje con los actores del relato, un trabajo que opera como historia por cuanto convoca al pretérito desde el presente, sin dejar de lado una determinada idea de verdad, menos prepotente que la que es central en el método científico. Pero estamos, sobre todo, ante un libro de memoria porque es producto de la irrupción del pasado en el hoy, como se constata en los testimonios tan acertadamente recabados por Beorlegui. Y es que, como demuestra este desestabilizador relato de las narrativas hegemónicas de

aquella “gloriosa” Transición, la militancia política y el trabajo historiográfico no están reñidos con la labor del *poetés*, del creador que no renuncia ni reprime sus capacidades literarias por considerarlas propias del conocimiento “posicionado” del pasado.

Jesús Izquierdo Martín  
Universidad Autónoma de Madrid  
jesus.izquierdo@uam.es